

Por Ayala—Para Ayala:
Recuerdo de una remota celebración de cumpleaños

Carolyn Richmond, Emerita
Brooklyn College

Hay un antes, y un después: paréntesis adverbiales que encierran el suceso en cuestión. También hay círculos: extrañas vueltas que en la vida se dan y que sólo más tarde se nos revelan como tales. A todos estos factores—menos, claro está, al del *suceso* mismo, que es cosa privada, y bastante posterior a la célebre quemadura de mi pelo narrada por Ayala en sus *Recuerdos y olvidos* (1906–2006)—me voy a referir en el siguiente testimonio acerca de mi antiguo colega, y actual esposo, cuyo centenario ha querido celebrar en el presente año la estadounidense revista *Hispania*.

Desde muy entrada ya en este larguísimo *después*, quisiera evocar aquí otra fiesta de cumpleaños, ésta muy remota (el 5 de abril de 1976), del entonces nuestro *distinguished professor* en el Departamento de Lenguas y Literaturas Modernas del Brooklyn College y del Centro Graduado de CUNY, Francisco Ayala, celebración que el propio homenajeado tiene olvidada ahora, según me aseguró cuando le he enseñado una copia del programa. En cambio, yo sí que me acuerdo como si fuera ayer... y estoy segura de que se acuerdan también, no sólo aquellos colegas que asistieron al acto sino, y sobre todo, los participantes mismos, excelentes estudiantes *undergraduate* todos ellos, algunos de los cuales llegarían a terminar más adelante el masters y hasta el doctorado. (Acaso alcancen ellos ahora a leer este texto, y si es así les envío desde el otro lado del océano un cariñoso abrazo.)

Retrocedamos un poco en el tiempo. Estaba embarcado ya Francisco Ayala en su tercer año como miembro de nuestro por entonces numerosísimo profesorado de Lenguas Modernas cuando, al encontrar yo, entonces recién doctorada y joven *instructor*, en la contracubierta de la primera edición de *El jardín de las delicias* (1971) la fecha de nacimiento de su autor, me di cuenta de que en la próxima primavera nuestro muy distinguido y simpatiquísimo colega español iba a cumplir los setenta años, ocasión que, pensé, habría que celebrar. A falta de iniciativas al nivel

departamental, se me ocurrió preparar yo misma, junto con los estudiantes del Club Hispánico, una fiesta en grande.

Más detalles. Si en aquel entonces el alumnado diurno de español en Brooklyn College se mantenía todavía a un alto nivel, el nocturno era hasta superior: personas mayores, con inquietudes intelectuales y deseos de progresar, que trabajaban durante el día y asistían por la noche a mis clases de literatura española. A mis clases, digo, puesto que había sido nombrada, poco antes de terminar mi doctorado en el 1975, miembro del profesorado de la *School of General Studies*, facultad por entonces no sólo floreciente sino en cierto sentido también bastante apartada del ambiente normal del *college*. Ahí había, por lo menos en lo que se refiere al español, un puñado bastante numeroso de alumnos extraordinarios: inteligentes, interesados, entusiastas y maduros. Pocas veces en mi vida he tenido el privilegio de enseñar a un grupo tan brillante y tan bien dispuesto. Y como casi ningún colega mío tenía interés en dar clases por la noche, sobre todo en el nivel *undergraduate*, ni tampoco estaba enterado nadie del tesoro estudiantil que me había tocado en suerte, ¡todo quedaba para mí! Podía dictar lo que me apeteciera, sin temer que ningún profesor de rango superior me disputara el tema: literatura medieval, renacentista, de los siglos de oro, decimonónica, contemporánea... Todos los géneros también: la novela, el teatro, la poesía... (Menos mal que, en contraste con lo que ocurre hoy día, en aquel entonces los doctorandos norteamericanos teníamos que leer un montón de obras maestras como preparación para las veintidós horas de exámenes escritos, y cinco de orales, a que, por lo menos en la Universidad de Wisconsin, se nos obligaba. A base de esas lecturas, y con la ayuda de algunos manuales, me iba preparando para cada una de las clases, convirtiéndome así, previa y literalmente, en profesora de mí misma...) Clases, como iba diciendo, cuyos debates me estimularían para perfilar algunas de mis primeras publicaciones de crítica literaria.

Este estado de felicidad profesional se extendería a su vez a las actividades fuera del currículum, pues se me había asignado, como parte de mis responsabilidades académicas, la creación y supervisión de un club que, dado el entusiasmo de los alumnos, pronto llegaría a ser uno de los más dinámicos de la *School of General Studies*. Así, seis noches cada semestre pasábamos los estudiantes y yo directamente del aula al Student Union Building enfrente, donde llevábamos a cabo una variedad de actividades, desde conferencias (conservo una foto del profesor Ayala invitado a dar una de ellas sobre la novela galdosiana) hasta concurridísimas fiestas con música (incluso llegamos a contratar una tuna) y con gran comida casera preparada por los mismísimos miembros del club.

Teníamos, pues, la experiencia, compañerismo y energía para llevar a cabo la empresa; lo que nos faltaba, claro está, era el tiempo. Un tiempo que sin embargo aquellas personas con muchas responsabilidades, padres de familia varios de ellos, supieron encontrar para ensayar algunos fines de semana en mi pisito de Cobble Hill. El entusiasmo se contagió. Decidimos organizar una lectura, como si estuviéramos en un programa de radio, a base de algunas de las piezas de *El jardín de las delicias*, ese mismo libro que había comprado yo aquel otoño pasado en la neoyorquina librería de Las Américas y cuya contraportada fue lo que me permitió precisar el año en que había nacido, en Granada, el profesor Ayala. Una vez elegidas las piezas, y hecho el reparto, nos pusimos a ensayar.

Hojeo en estos momentos el programa de nuestro espectáculo, *Por Ayala—Para Ayala*, programa traído por mí desde mi casa en Nueva York junto con otros documentos y libros para la gran exposición del centenario que, tras unos meses en el Hospital Real de Granada, deberá pasar en este otoño a la Biblioteca Nacional de Madrid. Está impreso en papel amarillo. En la cubierta, encima del título, sitio, fecha y hora, hay un dibujo de la cara del agasajado, directamente sacado de la foto que figura en la contraportada de la edición de Seix Barral. Dentro se enumera tanto el contenido mismo de la representación como, a la derecha, los acompañamientos gráficos y musicales. En unas hojas escritas a mano que también había conservado yo junto con el programa tenía anotados los detalles técnicos de nuestra ambiciosamente modesta producción: la iluminación, las diapositivas, los acompañamientos musicales (todo ello grabado de antemano a partir de unos elepés desde mi propia colección) y los asientos reservados en la sala para los participantes

así como para el invitado de honor (primera fila, en el centro). Detrás están la cocina (donde se escondía la tarta), el magnetofón y el proyector de diapositivas; delante, una lámpara portátil, un par de atriles, una reproducción del tríptico del Bosco *El jardín de las delicias*, en el centro una mesa con un ramo de flores, bajo la que se ocultaba un altavoz, y al otro lado, una pantalla para las proyecciones. Mirarlo es revivirlo. ¡Me parece mentira que no tenga Ayala hoy ni siquiera el más mínimo recuerdo de aquella hermosa ocasión!...

Pero el caso es que tampoco tengo yo un recuerdo tan cabal de dicha tarde, pues veo que figura, tanto al comienzo como al final de la relación de las "Seis 'delicias' de *El jardín de las delicias* por Francisco Ayala," el nombre de nuestro antiguo y muy querido colega, el (ya fallecido) poeta-profesor Ildefonso-Manuel Gil, que fue tan amigo de Ayala a lo largo de los años. Como introducción al programa, y tras de un fragmento de Schubert en versión de Pablo Casals, leyó Gil del volumen *Confrontaciones*, también adquirido por mí en la Librería Las Américas, una comunicación titulada "Presentación de un libro nuevo," que Ayala había leído a su vez en la Universidad de Salamanca en agosto de 1971. Y para cerrar el acto—este detalle es sacado de mis apuntes—dio lectura al bellísimo epílogo al libro *El jardín de las delicias*. ¿Por qué no puedo acordarme ahora de este gesto de generosidad por parte del profesor Gil? Ahí consta su nombre. Era una persona a quien también yo he querido mucho.

Las "delicias" propiamente dichas eran de las más variadas. "El ángel de Bernini," acompañado de la proyección de una foto del Ponte Sant' Angelo en Roma, fue leído por un lírico y apuesto Silvio Torres. Como cambio de tónica, una pieza de Montsalvaje tocado por Narciso Yepes, seguida de una lectura, graciosísima, del diálogo "*The Party's Over*," hecha por Rafael Ramírez y Aleida Rodríguez. Más música para cambiar de atmósfera: la "Nana" de Falla, que preludia el poema en prosa "Mientras tú duermes," leído con ternura por Gino Calderone. Otro cambio de atmósfera, preparado por la canción tradicional "Bésame y abráçame" y seguido de una lectura, como si de un locutor de radio se tratase, del recorte "Escasez de la vivienda en el Japón" a cargo de un irónico y socarrón Frank Piñol. En seguida, y sin alterar el tono, la canción folklórica "Con las abejas [yo comparo los hombres]" introduce una lectura del diálogo "Himeneo" por Aleida y Adele Maragliano. Finalmente, después de un trozo musical de Fernando Sor tocado por Andrés Segovia, lee Silvio la igualmente lírica pieza titulada "Tu ausencia."

Todo esto lo recuerdo como si fuera ayer. Como recuerdo también la proyección de los detalles del tríptico del Bosco durante la lectura del epílogo. Y la música final, el villancico "Gatatumba" que introducía la "séptima delicia": aquella tarta escondida en la cocina, que comparecería con sus setenta velas encendidas...

Y ahora, treinta años después, cuando en la última fiesta de cumpleaños del profesor Ayala —la que bajo la presidencia de los Reyes de España ha tenido lugar el pasado 16 de marzo de 2006 en la Biblioteca Nacional—fueron cien las velas que él debió soplar, lo revivo y rememoro, y me siento muy feliz...

¿Qué pasaría luego? Ese mismo verano una fuerte crisis económica sacudió a la ciudad de Nueva York y, como parte de ella, a su universidad. Brooklyn College decidió que podría economizar prescindiendo de todos sus costosos *distinguished professors* y Ayala tuvo que jubilarse, algo que coincidió, para mí, con el momento del *suceso*, es decir, del paso desde el *antes* al *después*, comenzando así para nosotros dos una nueva y maravillosa fase de nuestra vida.

Al comienzo de este testimonio me refería yo a ciertos misteriosos círculos que sólo *a posteriori* se nos revelan como tales. Es bien curioso, pienso, que de alguna manera la apócrifa *comedia musical* neoyorquina con que, como estudiosa, he querido honrar al centenario Ayala en el presente número de *Hispania* tenga sus remotas raíces en aquel lejano acto con que hace treinta años quise festejar, también con música, al mismo autor, que cumplía entonces sus setenta. Notable y elocuente coincidencia, ¿no?

Madrid, julio de 2006

Obras citadas

Ayala, Francisco. *El jardín de las delicias*. Barcelona: Seix Barral, 1971. Madrid: Alianza, 2006.

(Edición definitiva.)

- . "Presentación de un libro nuevo." En *Confrontaciones*. Barcelona: Seix Barral, 1971. 127–33.
- . *Recuerdos y olvidos (1906–2006)*. Madrid: Alianza, 2006.

Apreciación de Francisco Ayala

Noël Valis

Yale University

Ayala. Cómo llegué a conocer a Francisco Ayala. Pues, la verdad es que fue Clarín—el gran novelista decimonónico Leopoldo Alas—quien me dio la primera ocasión de estrecharle la mano a Ayala. En el verano de 1978, estaba investigando los fondos de la Hemeroteca Municipal—cuando todavía se encontraba en la histórica Plaza de la Villa—en busca de materiales clarinianos para una bibliografía anotada que preparaba. Al preguntarme un bibliotecario cuál era el tema de mis investigaciones, dije: "Clarín." Al oír la palabra mágica "Clarín" una mujer se volvió hacia mí diciendo: "Yo también soy clarinista." Y así llegué a conocer a una de mis mejores amigas, Carolyn Richmond. (Recuérdense también que el mundo clarinista era bastante pequeño en aquellos momentos.)

Entablamos una conversación sobre nuestro querido Sr. Alas y de ahí van veintisiete años de amistad que me parece no más lejos que ayer. Pues resultaba que Carolyn iba a almorzar con Ayala ese mismo día y me invitaron a venir con ellos. Ya no me acuerdo dónde—¿el Hogar Gallego, quizá?—sólo me acuerdo de un día inolvidable, de conversación chispeante y caras felices.

Instantánea: Un hombre de mirada penetrante, de una integridad moral que nos hace pensar en la larga tradición de disidencia crítica en la literatura española, ejemplificada por Quevedo en la época barroca, Larra y Clarín en el siglo diecinueve. De hecho, ya no me sorprende la fortuita coincidencia de Leopoldo Alas y Francisco Ayala en aquel verano de 1978, porque en algunos aspectos Ayala es el Clarín de nuestro tiempo. Tanto como Leopoldo Alas Ayala es el espejo irónico de una época, reflejando una sensibilidad moral e ideológica que discrepa profundamente del *ethos* de su tiempo.

Dos recuerdos más. También en aquel verano de 1978 ocurrió otra cosa cuando me enfermé y dejé de ir a la Hemeroteca durante tres o cuatro días. Estaba en una pensión de mala muerte, tratando de economizar para poder pasar el verano entero en España. Ya no me sentí enferma sino más bien deprimida precisamente por mis economías (juventud, divino tesoro ya te vas para no volver). De repente alguien llamó a la puerta: y fueron Carolyn y Ayala, quienes estaban muy preocupados por no haberme visto en cuatro días. De esa bondad no me olvido nunca.

Y ofrezco este recuerdo, de 1985, como otra señal de la generosidad de Ayala: cuando le invité a participar en un congreso clariniano que se iba a celebrar en la Universidad de Georgia. Huelga decir que para un escritor de su renombre dar una charla en una pequeña reunión académica aunque versara sobre el gran Clarín, me pareció en aquel momento y aun ahora un detalle fino, caballeresco. Y así es Ayala.